

ANTONIO ORTUÑO

Recursos humanos

Finalista Premio Herralde de Novela



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

El día 5 de noviembre de 2007, un jurado compuesto por Salvador Clotas, Juan Cueto, Esther Tusquets, Enrique Vila-Matas y el editor Jorge Herralde, otorgó el XXV Premio Herralde de Novela, por mayoría, a *Ciencias morales*, de Martín Kohan.

Resultó finalista *Recursos humanos*, de Antonio Ortuño.

A Olivia

A Carlos y Mariño, Old School punks

Y soñó una escalera que estaba apoyada en tierra y su extremo tocaba el cielo. Ángeles de Dios subían y descendían por ella.

Génesis, 28:12

ASÍ HABLABA CONSTANTINO

—El buen funcionamiento de esta gerencia, mi querido Mario, está en tus manos.

Eso dice Figuera, el jefe, antes de cerrar la puerta y abandonarme a la soledad de la oficina. Su peste a colonia permanece en el aire como el aroma inexplicable que reportan los niños ante quienes se aparece la Virgen.

El sol matutino me incordia. Corro las persianas hasta que la oscuridad es perfecta. Enciendo, entonces, las luces eléctricas. Me agrada la idea de que mi aversión al sol provocará que la empresa gaste una innecesaria fortuna en liquidar mi factura de luz. Amo a la empresa y no: aprecio la gerencia con que se me ha recibido y a la vez deseo que el edificio se hunda.

Ocupo, desde luego, la oficina más notoria del tercer piso. Aquí podrían bailar danzas típicas quince parejas sin estrellarse las unas contra las otras. Abro los cajones del escritorio y los encuentro vacíos. Vacíos también el archivero de roble junto al muro y la memoria del teléfono, como si a mi antecesor lo hubiera raptado la policía secreta con todo y adminículos de trabajo. Pero no: mi antecesor debe encontrarse en una oficina igualmente desocupada, en el piso superior, exaltado a una coordinación general.

No estoy cómodo, pero al menos en el baño hay papel sanitario y jabón. El agua del retrete es azul, hipnótica. No evito identificar su aromatizante con la colonia del jefe. Comprendo que no me sentiré conforme sino hasta que la oficina esté impregnada por mi propia peste.

Desconozco, hasta ahora, los motivos de Figuera para invitarme al puesto por encima de tipos que trabajan en la empresa casi desde su alumbramiento. Quizás sea por mis títulos universitarios o mi apariencia profesional dócil, suave y en suma adecuada. Por suerte, no hay nadie aquí que pueda explicarle al jefe que mis estudios fueron parte del precio que tuve que pagar a mis padres por la humillación suprema de haber sido detenido por la policía y más de una vez.

Los agentes que me arrestaron en la última ocasión, mientras orinaba la portezuela de un automóvil e inhalaba cocaína ayudado por la llave de mi propio vehículo, tardaron diez minutos en darse cuenta de que yo era hijo de Luis Castañeda, el abogado que ha conver-

tido el sistema legal de esta ciudad en su ramera. Mi apariencia debió inquietarlos, porque en lugar de soltarme llamaron a su jefe.

–Pareces un *lunático* con ese cabello –dijo mi padre cuando fue a buscarme al despacho del comandante de la zona.

Lunático. Le gusta utilizar ese tipo de palabras arcaicas. Llama «gaseosa» al refresco, por ejemplo. Incluso ebrio, emplea frases como: «Yo sostuve relaciones, en la adolescencia, con una americana; una mujer muy aseada.»

No transó en dejarme en paz. Tuve que volver a la escuela y cortarme de nuevo el cabello, como cada vez que me prendían inmiscuido en algo ilegal.

Cinco años después, mi padre es aún el abogado más peligroso de esta ciudad podrida y yo estoy, gracias a sus contactos, orinando el baño de una gerencia de producción que no ansiaba, en el buen camino de una empresa a la que sólo la insistencia de mi padre me hizo considerar pasadera. Lavo mis manos con un jabón líquido, de color azul. Huele, cómo no, a la colonia de Figuera.

Salgo. La puerta cruje. Mandaré que la aceiten. Frente a mi escritorio, sentada en una silla sin brazos que no recuerdo haber visto allí, hay una chica linda, arreglada pero no con demasiado tino, que parpadea y no dice nada. Mi silla de gerente me recibe y gira hasta enfrentarme con la visitante. Nos miramos.

–¿Sabes si el tipo nuevo de producción va a venir hoy? ¿El hijo de...? –intenta ella.

Tiene ojos grandes, mirada limpia, labios húmedos y unos cabellos desordenados que se escurren por sus hombros. Debe pensar que soy el conserje y que me siento en la silla gerencial por capricho o insubordinación.

–Mario C. Castañeda. Un gusto.

Ella esboza el gesto de miedo más legítimo que he visto jamás. Tapa su boca con una mano y se deja caer al respaldo de la silla. Por inercia quizás, las piernas le asoman entre las insuficiencias de la falda. Son fuertes, admirables.

–Tú eres el hijo de...

–Sí.

La chica da por perdida la batalla. Deduce que de ahora en adelante le tomaré rencor y la haré sufrir.

–Disculpa.

–Claro.

Se tapa de nuevo la boca y sus ojos se humedecen, como si fuera a llorar. Debe ser muy estúpida.

–Soy Lizbeth. De Recursos Humanos. Necesito que llenes esta ho-

ja y también esta...

Me tutea. ¿Es estúpida?

Tengo debilidad por las mujeres estúpidas.

Tengo la encomienda de reinar.

Voy a dejar que las cosas sucedan.

LA VIDA PLEBEYA DE GABRIEL LYNCH

Esta es la historia de mi odio.

Otros debieron combatir tiranías, derrumbar imperios, tirotear príncipes incluso, como quien tirotea conejos. Otros debieron combatir reinos que gobernaban la vida de millones. Yo, que soy cobarde en toda norma, sólo me alzo contra la sociedad anónima que rige la mía. Como exigen los tiempos mezquinos que corren, apenas soy capaz de oponerme a que la vida de oficinista me anule. O que me balde más de lo que ya me ha baldado.

Soy subversivo en mi propia escala. No aspiro a la revolución sino a otra cosa, que ahora mismo sólo entreveo y que se parece a la autoconservación y la delincuencia.

Me llamo Gabriel Lynch y mis días se agotan en un escritorio de la división de impresiones de un conglomerado de diseño y edición. Tengo un lapicero, una máquina en buen estado, una silla casi cómoda, dos lupas y un muestrario de papeles y tintas que es reemplazado cada seis meses para incluir productos nuevos, aunque esencialmente iguales a los anteriores.

Explicaré, a modo de esbozo, el escalafón de este reino. Soy supervisor y dependo de un gerente llamado Constantino. Diez técnicos me deben lealtad. Diez supervisores se la debemos a nuestra vez al gerente, último eslabón visible –para los empleados de bajo nivel, como yo– de la cadena de mando.

Sólo al gerente le está permitido escalar al tercer piso de nuestra torre de oficinas y talleres y respirar el aire de los amos, esos seres pálidos y prácticamente incorpóreos que pueblan las coordinaciones y la presidencia.

Me obsesionan, debo admitirlo, los amos. He visto o soñado ver sus siluetas en el ascensor, a través del canal de vidrio esmerilado que lo divide del nuestro. He observado el talle y las piernas de sus mujeres por detrás del enrejado del estacionamiento. Por eso solicité la plaza de gerente cuando quedó libre, cuando el sujeto que la ocupaba llegó a ser lo suficientemente pálido y etéreo como para ascender a una coordinación.

Fracasé. Mis méritos eran pocos. Soy blanco y sospecho que haber llegado a un puesto de supervisión tiene que ver con ello. Pero no parezco, fuera del tono de la piel, uno de los amos: no uso pantalones de pinzas ni me repego el cabello al cráneo con gomina ni

provengo de la cosecha de alumnos de los colegios privados que generalmente ascienden por nuestra escala de Jacob hasta lo más alto, como ángeles que son.

No: yo soy carne de escuela numerada. Me enseñaron humildad y resignación. También me enseñaron unos episodios patrios que eran mentira y unas fórmulas técnicas que no tenían más remedio que ser verdad.

Tú eres un resentido. Eso me dijo una chica que se acostaba conmigo en la universidad, aburrida de mi interminable plática sobre la estupidez de sus padres y amigos, la imbecilidad de nuestros profesores y nuestra propia e insondable arrogancia.

Sí: era y soy un resentido. Al menos en eso tenía razón aquella chica, a quien nunca me atreví a decirle que su boca no olía bien ni resultaba agradable su sudor, a la que no le dije que habría hecho mejor adoptando el baño como práctica regular para dejar de asfixiarme durante sus desplantes amorosos.

Un resentido sólo pide trabajo por dos razones: para que no se lo den y quejarse o para que se lo den y quejarse más. Yo soy de la segunda calaña.

Algo hay en mí que responde al ideal de autosuperación que cada empresa cacarea a sus esclavos. Prefiero trabajar a no hacerlo; prefiero contar con poco dinero que no contarlo en lo absoluto. Prefiero la ropa barata que los harapos.

Pero, de cualquier forma, odio.

Esta es también la historia de mi odio.

Cruzo la calle rumbo al automóvil de Constantino, el gerente. Las manos en los bolsillos, baja y de hiena la mirada. Acaricio con una llave, al pasar, el costado metálico, deslumbrante, de la máquina. He postergado tres noches esta noche: una de remordimiento, otra de infructuoso olvido, la última ya de planeación. Alcanzo la gasolinera y compro dos litros de combustible; me los entregan en una botella plástica, grasosa, tapada precariamente con un atado de papel y ligas.

Una bomba. Casi: su semilla.

Me llamo Gabriel Lynch y esta es la historia de mi odio. No puedo tirotear al príncipe: sólo puedo quemarle el automóvil. Pero no hoy. Regreso a casa y espero tres noches más, las necesarias para que cualquier gasolinero olvide mis rasgos, la forma de mi cara y hasta mi voz.

Miro el televisor hasta el amanecer; luego voy al trabajo, no ha-

blo, no salgo a fumar, no volteo al despacho de mi enemigo. Todo plazo se agota y, de cualquier modo, la espera nos consume cada vez. Nunca aprendemos. Pasan tres noches.

No es agudo, como el apetito de mujer o dinero, mi odio. Es una comezón más íntima, que reseca los labios y oprime el estómago. Continúa, nociva como la inminencia de una convulsión.

Así que este soy ahora, me digo ante los escaparates, y paseo mi poca estatura y mala ropa por el supermercado brillante y abandonado de la medianoche. En el apartado de jardinería encuentro lo que requiero. Guantes de goma, una regadera metálica, hilaza. El aire, amargo, huele a abono. Me concedo unas noches más. Escucho música y, de madrugada, lloro un poco. Así que esto soy ahora.

Reservé este recurso para el final, para la inevitable –e inhabitable– derrota. Cuántas noches serenas gracias al confort del crimen. Pensaba, pienso: *Si me vencen les tendré algo preparado. Si me aplastan los mataré. Si me abandonan los perseguiré hasta el mismo precipicio.*

El odio es como el muro de una casa que nos encierra o como el marco de un retrato que nos muestra una cara detestada.

Contemplo esa cara ahora y le escupo mi lamento.

Pensé al principio levantar la mano contra Fernanda, pero no soy tan vil. Todavía no. De cualquier modo, Constantino será apenas otra estación en la ruta de puterías en que acabarán empeñados sus carnes y huesos –ya hablaré de ella, episodio brillante en mis desastres amorosos.

Vencido en la oficina desde mi frustrado asalto a la gerencia, desprestigiado y eludido por todos, tampoco podría hacer gran cosa allí. Murmurar es de cobardes y no ha llegado para mí la hora de la hipocresía –que llegará, llegará–. No puedo dar un golpe definitivo: me han orillado a multiplicarlos, a derribar un árbol con un cortaúñas.

Lo derribaré.

Carezco de poderes, pero me sobra el odio.

Digo: esta es la historia de mi odio, la purga de mi corazón, el salario del asco y el miedo. Digo: esta es la noche propicia para quemar el automóvil del príncipe Constantino.

La regadera se basta para los dos litros de gasolina y baño en su interior la hilaza, amorosamente, como la madre a su primogénito.

Salgo a la calle y avanzo, cuadra tras cuadra, y miro pasar los automóviles de la policía que, despacio y sin rumbo, olfatean las extorsiones de peatones a las que dedicarán la noche. Mi noche.

Apenas diez cuadras me separan de Constantino. Quizás duerma cubierto por un pijama de seda o los cuerpos acrobáticos de doce rubias. Poco me importa si disfruta la mejor película japonesa o el mejor culo rumano mientras vierto la gasolina con mi regadera metálica sobre el cofre, las puertas, las llantas, los cristales, el depósito de combustible que fuerzo con una llave de tuercas.

Qué maravilla de calle, dijo Constantino la primera mañana que regresó a la oficina luego de rentar esta casa, no se escucha un grito o arrancón, ni siquiera me preocupa dejar el Pontiac afuera. Es barata, está muy cerca de la avenida Del Prado, pero parece decente. Eso dijo.

Debiste preocuparte, hijo de perra, preocuparte por interpretar el silencio como un peligro –eso haría el más simple animal–, debiste preocuparte por no tentar a Fernanda con invitaciones a conciertos de jazz que yo no quería escuchar ni podía permitirme, debiste ocultar los títulos de la universidad privada ante mi resentimiento, debiste bajar el volumen del televisor –inmenso como mesa de ping-pong– y pedirle a la rubia de alquiler que interrumpiera sus gemidos por un instante.

Ahora no puedes hacer nada más que verme: si te asomas y corres la persiana me verás atando la hilaza impregnada de gasolina a la defensa de tu Pontiac y desenrollándola.

Qué trabajo tan profesional el mío. Qué prodigio de técnica. Nadie diría justamente que un alumno de una escuela tan técnica, tan pública, tan numerada –carne del rastro que surte a los esclavistas– vencería la pereza de sus iguales para hacer algo así.

¿O sí?

¿O es sólo que me engrandezco porque nadie más lo hace y en realidad estamos tú y yo, Constantino, rodeados de genios paupérrimos, tímidos, que nunca dan muestras de su talento incomparable?

No lo creo, simplemente no lo creo.

Este soy ahora y esta es la historia de mi odio.

Me despojo de los guantes de goma y lanzo un cerillo al piso, justo donde el cabo de hilaza lo reclama. Dejo caer una y otra vez las pequeñas llamas desde el aire, como paracaidistas, hasta que la

cuerda se inflama. Retrocedo antes de que, como advertía el libro guerrillero que me instruyó, llegue la llamarada.

Es un crujido inmenso lo que llega, el gemido de un alma comprimida por la mano del fuego, llamas que infectan y derriten como el amor.

Pero no es esta la historia de mi amor.

Es sólo la descripción de lo que puede hacerse si se lee el libro adecuado, el barato manual de un guerrillero, comprado en una librería de viejo, que ningún suspicaz policía supo conocer y perseguir, que se quedó allí, latente, para que yo despertara el fuego prometido por sus páginas.

Arde el Pontiac.

Corro durante las primeras, oscuras calles, y luego camino, despacioso, abandono cada prueba en un lugar remoto y distinto: un lote baldío, la hojarasca de una casa en renta, la caja de una camioneta escolar. Me deshago de la regadera, la hilaza, un guante, otro.

Resoplo al cerrar la puerta de la casa, con la seguridad de que nadie me ha visto y no habrá testimonios que me infamen. Me aterra el sonido de sirenas, repentino como una pedrada, pero la ventana me asoma solamente a unos camiones de bomberos, no a un piquete de agentes desencajados en pos de mi cabeza.

Pongo la música más alta de lo debido y me festejo con unas botellas de cerveza, cinco o siete. Cuando estoy ebrio subo a la azotea y miro, más cerca de lo que pensé, la columna de humo. Ya no hay sirenas, sólo luces policiales. Constantino, espero que lloroso y conmovido, en bata, despeinado, dará a los policías su versión: *Mire, oficial, paladeaba yo el mejor culo de Rumania cuando...*

Brindo en su imaginaria dirección y pienso en los viajes que nunca hice ni haré, los libros que no podré pagarme, las mujeres a las que jamás dirigiré la palabra.

Ebrio, recito poemas cuando la humareda me corona.

Cuento a los vientos la historia de mi odio.

Hasta que amanece.

No: hasta que me canso y bajo.

Yo nací para millonaria pero se me torció el rumbo. Eso decía mi madre cuando se sentaba, cerca de fin de mes, a sacar las cuentas de las *enormidades* –es un decir– que se había gastado en autobuses y comida.

Se nos torció el rumbo, sin duda.

He vivido como si fuera hijo secreto de un rey, en espera de que

algún cortesano me rescate. Claro que nadie me rescató; nadie rescata a nadie. Por ello dejé las pretensiones en el cajón. No era más guapo que ellos, no había ido a mejores escuelas ni me vestía mejor y carecía de su encanto. Pero había decidido apegarme al fundamento que hace triunfar a los bandidos: olvidar minuciosamente la compasión.

La forma única de tomar por asalto el poder es de frente, nos dicen los héroes. Pero los hay, como yo, que prefieren un camino que exija atacar desde la oscuridad, a traición, como una rata o araña.

Aprendí las más roñosas técnicas de terror urbano en los manuales revolucionarios que fui comprando en librerías de viejo, a lo largo de los años, por unas pocas monedas, cuando la situación en casa empeoraba, cuando mis ansias económicas me entregaban a la envidia o, incluso, cuando alguna chica más adinerada que yo –todas en la universidad lo eran– me despreciaba.

No se me tome, sin embargo, por un justiciero. Hay algo en los bondadosos que me arrastra a la apatía. Nunca, por ejemplo, simpatice con Cristo. Preferí siempre al centurión que le pinchaba el costado. Quizás porque me gustan los uniformes romanos. O en realidad porque no era edad adecuada, la del catecismo obligatorio de la infancia, para comprender la cuestión del martirio. Por otro lado es probable que hubiera maldad de por medio, porque crecí y Cristo siguió sin gustarme.

Debía ser aquella compulsión de preocuparse por los otros lo que me lo hacía irritante. Claro: cuando eres hijo de Dios, no deseas nada para ti mismo. Puedes andar sin zapatos, sin haber probado un mal pan en días. A fin de cuentas, el Reino de los Cielos te espera. Eres como Constantino, mi gerente. Estabas a un paso de la meta cuando la carrera comenzó.

Comprendía mejor a la turba de desarrapados que lo seguía que al mismo hijo de Dios y comprendía mucho más aún al romano ejecutor. El centurión, como yo, no esperaba que nadie lo rescatara. Tenía un casco, una lanza y una admirable capa roja y eso le bastaba para ganarse el alimento y hasta para pincharle las tripas al divino turista que había venido a compartir las miserias de los hombres – con boleto de regreso al Paraíso en la bolsa.

No puedo evitar una sonrisa cuando veo la proliferación de rostros del *Che* Guevara en las camisetas que los amos usan cuando salen de la oficina y se alistan para las diversiones de la noche.

Tampoco me sorprende.

Los Mesías atraen a los ángeles.

Esta es una empresa cordial y su consideración por los empleados ha alcanzado el extremo heroico de pasar por alto las horas precisas de sus entradas y salidas. Nunca se ha recurrido a máquinas perforadoras de tarjetas aquí. A cambio, nuestros sueldos mueven a la carcajada. Nos pagan, vaya, con *libertad*. El dueño, el coordinador y el gerente fueron educados por cálidos jesuitas, claro, y nos reparten en persona tarjetas de felicitación el día de nuestro cumpleaños y despensas navideñas la mañana del 24 de diciembre.

Ocupo, lo he dicho, una plaza de supervisor. No me quejaría, o no tanto, si mi gerente no fuera Constantino. El puesto quedó vacante hace seis meses y Constantino lo obtuvo pese a que no trabajaba en la empresa ni contaba con experiencia ni, finalmente, sabía una mierda de impresiones. Luego supe que mi nombre no asomó siquiera a la lista final de candidatos. Será que nunca fui a un colegio privado ni conozco las hilarantes anécdotas del padre Vela y sus retiros espirituales, como ellos.

Como ellos. Les hablo en plural porque su desdén los convirtió para mí en una masa única, proveniente de un mismo colegio jesuita inmenso y perpetuo, una masa que reúne sus cabellos quebrados o lisos, sus complexiones inasimilables, sus lonjas y costillares, sus diversos grados de idiotez, en un mismo monstruo bonachón y atroz.

Superviso, decía, la calidad de los impresos de nuestras máquinas lo mismo que su adecuado mantenimiento. Constantino me supervisa a mí y a otros diez infortunados como yo. Él, además, pasea a los clientes por el área de producción, les reparte tarjetas blancas con su teléfono anotado y decide las compras de insumos en el interior de una oficina ciclópea, aderezada con aire acondicionado y persianas.

Por mi parte, poseo un escritorio propio: tengo que aceptarlo. Incluso salí durante dos meses con Fernanda, la auxiliar de Recursos Humanos, pero entonces Constantino apareció.

Me gusta imaginarnos, a ellos y a mí, como los muñecos de un guiñol. Constantino: un príncipe rubio, de recio cabello ensortijado y credenciales jesuitas en comercio y filosofía. Sí, eso dije, filosofía. ¿No es odioso? Viste con gracia juvenil pero no olvida la rectitud en la raya de los pantalones ni el lustre del calzado.

Fernanda no, Fernanda no se limpia con celo. Es blanca, alargada y ligeramente histérica. Me gusta la forma de su cabello, negro y cortado a la altura de las orejas. Elegiría siempre su muñeca para mis obras, no porque me repela su olor a leche a punto de pasarse

sino porque me embelesa. En su presencia olfateo el aire como un perro entusiasmado.

Hay un punto exacto en el que las impresiones salidas de nuestras máquinas deben irse a la basura y muchos puntos intermedios en que resultan aceptables. Me han entrenado para ampliar hasta donde sea necesario los márgenes de lo aceptable. Hacia abajo, se comprende.

Mi trabajo es ahorrarle a la empresa cada centavo posible en papel, tinta y refacciones, separando con mimo lo que debe descartarse de lo que no. La paja y trigo bíblicos –soy, desde niño, un asiduo lector de la Biblia: siempre me agradó la refinada maldad de Dios en el Viejo Testamento.

Puedo considerarme un virtuoso. Nadie más en esta oficina es capaz de discernir de un golpe de vista una hoja regular de una pésima, nadie más se atreve a rebuscar páginas apenas manchadas por una impresión defectuosa y recuperarlas para un intento con mayor fortuna.

La mañana siguiente a la quema del Pontiac aparece en el cielo un sol violento. En la oficina, Fernanda sonrío con dientes amarillos de sarcasmo, hace algún comentario de sus salidas con Constantino a los conciertos de jazz, me sabe furioso. Esbozo una sonrisa en pago a la suya. Ella me ignora mientras saca fotocopias. La leche de su axila, decididamente, ya se pasó.

Constantino aparece dos horas tarde, apresurado y silencioso. Lo acompaña un tipo con el escudo de una compañía de seguros estampado en la espalda. Se encierran en su luminosa oficina de gerente y a través de los labios abiertos de la persiana los miro discutir. Le explicarán que el seguro no puede pagarle, que el automóvil fue voluntariamente incinerado y la póliza no cubre tal eventualidad, que en todo caso tendría que hacerse un peritaje que podría dejar malparado al malparido de Constantino, como sospechoso principal del incendio.

Eso mismo me explicó hace tres meses la vendedora de seguros que vino a la oficina. Yo no tengo automóvil, pero le hice preguntas de cortesía para que sintiera que su trabajo valía la pena o, al menos, no se aburriera en exceso mientras el gerente la recibía. Todo salió bien, finalmente, para la chica. Le vendió a Constantino un se-